



Sagrada Familia 2020

La Palabra de Dios acaba de mostrarnos en varias escenas el proyecto de Dios sobre la familia, en la que en la plenitud del tiempo Dios quiso que su Hijo naciera de una mujer, bajo la ley, para que recibiéramos la adopción filial por el Espíritu de su Hijo (cf. Gal 4, 4-6).

La familia tiene su origen en la decisión de Dios de crear a su imagen al varón y a la mujer, y en la bendición que les dio para ser fecundos y multiplicarse (cf. Gen 1, 27-28). Porque Dios consideró que *“no es bueno que el hombre (varón) esté sólo”*, quiso *“hacerle a alguien como él, que le ayude”* (Gen 2, 18). Y la mujer presentada por Dios fue admirada por Adán como *“hueso de mis huesos y carne de mi carne”*. *“Por eso abandonará el varón a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne”* (Gen 2, 23-24).

Por este origen y representación originaria de la imagen de Dios creador, la primera lectura declara al padre y la madre más honrados que sus hijos; y Dios promete a los hijos que honran a sus padres las mejores bendiciones: expiar sus pecados, acumular tesoros, alegrarse de sus hijos, ser escuchado en la oración, tener larga vida. Porque en la honra a los padres ve Dios la obediencia a él.

La obediencia a Dios es concretada en estos mandatos: *“Hijo, cuida de tu padre en su vejez y durante su vida no le causes tristeza. Aunque pierda el juicio, sé indulgente con él y no lo desprecies aun estando tú en pleno vigor. Porque la compasión hacia el padre no será olvidada y te servirá para reparar tus pecados”* (Eclo 3, 12-14). En otros lugares se admira: *“¡Qué bien sienta a las canas el juicio, y a los ancianos saber aconsejar! ¡Qué bien sienta a los ancianos la sabiduría, y a los ilustres la reflexión y el consejo! La mucha experiencia es la corona de los ancianos, y su orgullo es el temor del Señor”* (Eclo 25, 4-6). Por ello, se ordena: *“Álzate ante las canas y honra al anciano”* (Lev 19, 32).

El apóstol Pablo recogió de forma expresa esta tradición en la carta a los Efesios: *“Hijos, obedeced a vuestros padres en el Señor, porque eso es justo. Honra a tu padre y a tu madre es el primer mandamiento al que se añade una promesa: Te irá bien y vivirás largo tiempo en la tierra”* (Ef 6, 1-3).

Según el relato del evangelio de Lucas, María y José llevaron a Jesús al templo de Jerusalén, cuarenta días después de su nacimiento, para consagrarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la Ley: *“Todo primogénito varón será consagrado al Señor”*.

La presencia de Jesús en el templo es cumplimiento de lo anunciado por el profeta Malaquías: *“... vendrá a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, el*



mensajero de la alianza a quien tanto deseáis; he aquí que ya viene... Refinará a los hijos de Leví y los acrisolará como el oro y la plata, para que presenten al Señor ofrendas legítimas. Entonces agradecerán al Señor las ofrendas de Judá y de Jerusalén” (Mal 3, 1. 3-4). Jesús no necesita ser rescatado y purificado; él es el rescate de Israel. Viene a purificar a los hijos de Leví, a los sacerdotes, para que puedan presentar ofrendas agradables a Dios.

Simeón y Ana son expresión del Resto justo y piadoso que aguardaba con fidelidad el consuelo de Israel. Están llenos del Espíritu Santo y son impulsados por él a la oración en el templo. Y Simeón había recibido una revelación especial del Espíritu Santo: *“No vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor”*. Sólo el Espíritu pudo hacer a Simeón reconocer en aquel niño, aparentemente igual que todos los demás presentados en el templo, al Mesías que le había prometido ver antes de morir. Por ello, María y José estaban admirados de lo que oían decir de su niño: *“Mis ojos han visto a tu Salvador... luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel”*. Y también Ana *“hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén”*.

Los testimonios de Simeón y Ana nos ayudan a comprender que para encontrar al Señor Jesús y reconocerle como Luz y Salvación son necesarias la pobreza de espíritu, la esperanza confiada, la oración perseverante y la consagración de la propia vida al servicio de Dios por amor.

Simeón completa su testimonio sobre el niño haciendo referencia a la forma de realizar su misión de *Mesías del Señor*: *“Este ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; y será como un signo de contradicción”*. Y la alusión: *“Y a ti, una espada te atravesará el alma”*, anuncia la participación de María en el misterio pascual de Jesús. Así se insinúa ya la relación entre Jesús Luz de los pueblos y Jesús como ofrenda. Jesús va a ser luz porque la ofrenda de su vida va a mostrar el camino del amor hasta el extremo.

María irá guardando en su corazón todo lo oído de su hijo y lo mantendrá en silencio en su vida diaria en Nazaret, mientras ve como *“el niño iba creciendo y robusteciéndose, lleno de sabiduría”*, porque *“la gracia de Dios estaba con él”*.

La segunda lectura nos ha mostrado la forma concreta en que se manifiesta en la vida diaria de una comunidad de discípulos, *“elegidos de Dios, santos y amados”*, la iluminación y la salvación de Cristo. *“La Palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza”*. A su luz, *“enseñaos unos a otros con toda sabiduría”*; *“Cantad a Dios, dando gracias de corazón, con salmos himnos y cánticos inspirados”*; *“lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre de Jesús”*; *“perdonaos cuando alguno tenga quejas contra otro”*; *exhortaos mutuamente”* a vivir en *“el amor, que es el vínculo de la unidad perfecta”*, y se expresa en las actitudes de *“compasión entrañable, bondad, humildad, mansedumbre, paciencia”* y agradecimiento. Así reinará en los corazones la paz de Cristo, a la que *“habéis sido convocados en un solo cuerpo”*.



Este es el estilo de vida de la comunidad cristiana que hace posible en su seno el modelo cristiano de la familia y que debe reflejarse en las relaciones entre sus miembros. La unión de los esposos en una sola carne es para san Pablo “*un gran misterio*” y él lo refiere “*a Cristo y a la Iglesia*”. En la relación entre los esposos y sus hijos se trataría de hacer *en nombre de Jesús*, lo que *agrada al Señor, como conviene en el Señor*. Él nos había enseñado que su madre y sus hermanos son “*los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen*” (Lc 8, 21).

El proceso actualmente generalizado de transformación ideológica de las bases fundamentales de la sociedad promueve un desmontaje de la visión cristiana del mundo y de la vida. Es propagada una propuesta neopagana que pretende, entre otras metas, la **desinstitucionalización del matrimonio**, la transformación de la familia con la antropología de género, y la aceptación social del supuesto derecho a la eutanasia.

Con el Papa decimos que “la eutanasia y el suicidio asistido son una derrota para todos. La respuesta a la que estamos llamados es **no abandonar nunca a los que sufren..., sino cuidar y amar para dar esperanza**”.

En este año la Jornada de la Sagrada Familia en España nos llama a considerar a **los ancianos como tesoro de la Iglesia y de la sociedad**, siguiendo la referencia del Papa Benedicto XVI a los abuelos como “**un tesoro que no podemos arrebatarnos a las nuevas generaciones**”.

En la encíclica “*Todos hermanos*” nos recuerda el Papa Francisco que “aislar a los ancianos y abandonarlos a cargo de otros, sin un adecuado y cercano acompañamiento de la familia, mutila y empobrece a la propia familia. Además, termina privando a los jóvenes de ese necesario contacto con sus raíces y con una sabiduría que la juventud por sí sola no puede alcanzar” (Fratelli tutti 19).

Una civilización en la que no hay sitio para los ancianos o se los descarta porque crean problemas, lleva consigo el virus de la muerte. De manera especial, hay que esmerar nuestros cuidados por los ancianos que están enfermos, sin olvidar que el enfermo que se siente rodeado de una presencia amorosa, humana y cristiana, supera toda forma de depresión y no cae en la angustia de quien, en cambio, se siente solo y abandonado a su destino de sufrimiento y de muerte.

Los ancianos no son sólo destinatarios de la acción pastoral de la Iglesia, sino sujetos activos en la evangelización. Es preciso valorar la gran labor que desarrollan los mayores en nuestras comunidades, en variados ámbitos del apostolado. Y es más visible e importante su función evangelizadora en la familia como iglesia doméstica.

Los abuelos son mucho más que los “niñeros” que se encargan de cuidar a los nietos cuando los padres no pueden atenderlos. Y mucho más que sostén económico cuando vienen tiempos de crisis. Ellos pueden aportar en la familia la sabiduría de la fe, puesta a prueba en su larga experiencia de superación de contratiempos. Tienen la



Carlos López Hernández

trascendental misión de transmitir el patrimonio de la fe a los jóvenes. Y lo hacen de forma sencilla al enseñar a los más pequeños de la casa las oraciones y las verdades elementales del credo.

En una sociedad en la que muchas veces se reivindica una libertad sin límites y sin verdad, en la que se da excesiva importancia a lo joven, los mayores nos ayudan a valorar lo esencial y a renunciar a lo transitorio. La vida les ha enseñado que el amor y el servicio a los suyos y a los restantes miembros de la sociedad son el verdadero fundamento en el que todos deberíamos apoyarnos para acoger, levantar y ofrecer esperanza a nuestros semejantes en medio de las dificultades de la vida.

Nuestras sociedades están cada vez menos preparadas, espiritual y moralmente, para dar a la ancianidad el valor pleno que tiene este momento de la vida. Por ello, es necesario educar para la muerte desde , que está en la esencia del ser; para la vejez, que forma parte de la existencia; para el sufrimiento y la dependencia, que nos ayudan a sentir la filiación y la humildad, y nos sitúan frente a Dios. Y la Iglesia está urgida a realizar esta educación desde la gozosa experiencia de la Pascua de Jesucristo, de la que nacemos por el bautismo.

En esta tarea educativa de la Iglesia tiene el testimonio de los propios ancianos un lugar muy principal. Para llevarla a cabo suplicamos la intercesión de la Sagrada Familia.

Catedral Nueva, 27 de diciembre de 2020